

PILAR DE ARÍSTEGUI

Prólogo del padre Ángel



Sofía
LA REINA



Índice

Dedicatoria

Citas

Prólogo. La semilla de la comprensión

Breve razón de una obra

Inicio

Libro I EL MAR DE ULISES

1. La guerra. 1938-1940
2. El exilio. 1940-1946
3. Levantar el país. 1946-1952
4. Abramos las puertas al mundo. 1952-1954
5. Los triunfos. 1954-1962
6. Boda en Atenas. 1962-1963

Libro II NO ÉRAMOS NADIE

7. Años de silencio. 1963-1974
8. Inmenso horizonte. 1974-1977
9. Arduo es el camino. 1977-1981
10. Año trágico. 1981-1982

Libro III UNA NUEVA ERA

11. Relaciones exteriores. 1983-1991
12. Año de retos. 1992
13. La angustia y la esperanza. 1994-1998
14. Quiero ser útil. 1999-2003
15. Un matrimonio real. 2003-2010
16. Abdicación. 2010-2014

Epílogo

Agradecimientos

Bibliografía

Notas

Créditos

*A mi marido Carlos,
cuyo entusiasmo por esta crónica me ha acompañado
durante estos duros meses de su ausencia.
Carlos escribió un libro magnífico, El cautivo del papa,
mientras luchaba contra su enfermedad.
Su recuerdo y ejemplo me han sostenido
en esta época de dolor.*

«Los nuevos afectos, construidos sobre los viejos,
aumentan su valor».

S.A.R. LA REINA FEDERICA DE GRECIA, *Memorias*

«Cuando tú sabes, todo en la tierra es gozo y alegría,
y los hombres dicen: "Verte es vida, no verte es la muerte"».

HOMERO

Prólogo

La semilla de la comprensión

«Si el maltrato es la semilla de la intolerancia, el amor lo es de la comprensión. Cada vez que los adultos seamos capaces de cambiar un acto de maltrato por una sonrisa estaremos construyendo un futuro mejor». Estas fueron las palabras con las que Su Majestad la Reina Sofía puso prólogo al libro de mis parábolas, editado hace ya quince años.

Qué hermoso que en la vida cambien las tornas y se pase la pelota de esta manera tan enriquecedora. Que ahora sea yo quien tenga el honor de introducir con mis palabras un libro sobre la reina Sofía, a quien quiero y admiro mucho.

Y es que las relaciones humanas están hechas de intercambios: nos damos suerte, saludos; canjeamos disgustos, alegrías y otras muchas cosas. También recibimos mal y, a veces, somos capaces de ser valientes y de cambiar, como escribió Su Majestad, un acto de maltrato por una sonrisa. Sin duda el mejor intercambio. Lo he leído en referencia a algún santo: dicen que el perdón es amor a contracorriente.

Estoy seguro de que, simplemente por eso, la reina es una persona que construye a diario un mundo mejor. Pues podría alguna vez haber abusado de su poder, y sin embargo siempre ha sido honesta y humilde. Podría haberse olvidado de los demás y haberse preocupado por lo suyo, sin más. Pero hemos conocido su interés por los necesitados. El dolor de los enfermos de sida, a través de su fundación,

se ha aliviado en España. Ha sabido sonreír y acariciar la terrible injusticia que es ver a un niño enfermo.

La recuerdo visitando Mensajeros de la Paz. Nuestra antigua casa de Teseo, un hogar de Mensajeros para niños con discapacidades físicas e intelectuales graves. También en nuestro Teléfono Dorado, atendiendo a las personas mayores, con su sonrisa fresca y su trato cálido transparentándose a través de su voz.

Sin dejarse influir por los jaleos mediáticos, ha sido reina y a la vez protectora de muchas buenas causas. Es una mujer que está a la escucha y que se ha puesto al servicio de las necesidades sociales, acudiendo a apoyar eventos benéficos para la promoción social de la educación y la lucha contra males como las drogas, la pobreza infantil o la exclusión.

La conocimos joven, refulgente, madre, y hoy la vemos iniciándose en la edad de la serenidad, de nuevo iluminada y, sobre todo, digna y fuerte. Quizá por saberse abuela, quizá por haber podido también ella abdicar de alguna manera, tras haber ejercido de reina lo mejor posible durante tanto tiempo.

Estoy seguro de que, con su experiencia haciendo frente a las más difíciles situaciones que ha atravesado el país en nuestra historia reciente; con su carácter solidario y la estela del trabajo realizado por el bien de los demás, va a seguir demostrándonos lo que hasta ahora. Todos los años que quiera. Con la semilla de la comprensión en la sonrisa, que siempre nace acompañada, por otra parte, del riesgo de tener que cambiar con su embate los actos de maltrato con los que tantas veces nos podemos encontrar.

PADRE ÁNGEL,
presidente de Mensajeros de la Paz

Breve razón de una obra

Cuando Ymelda Navajo me convocó para una reunión en La Esfera de los Libros, sospeché y deseé que el encargo fuera de enjundia.

Superó mis expectativas. Nunca había pensado en un personaje vivo, pues mi predilección me conducía a los siglos XVI y XVII. Sin embargo, sí me han interesado siempre las mujeres que han significado un cambio, que han dejado su huella en los caminos de la historia, siendo mi favorita Isabel de Castilla.

Comencé a acercarme a la figura de la reina doña Sofía con paciencia, y traté de que fuera con delicadeza. Sé que algunas informaciones publicadas no son ciertas, y que otras, veraces, no se sabrán jamás. Tras muchos meses de documentación, dejé actuar a la memoria y comencé a recordar episodios en los que yo estaba presente y recordé siempre amabilidad y sonrisas. Humanidad.

Creo ver, y si no es así me disculparán, analogías y paralelismos entre Ana de Austria, reina de Francia, y nuestra Sofía de Grecia, reina de España. Al natural amor por sus países de origen, añadirán ambas reinas su entendimiento hacia la nación de adopción. Sobre todo, cuando han de colaborar para que el legado histórico de la institución les llegue a sus hijos —a Luis XIV en el caso de Ana, y a Felipe VI en el de Sofía— no solo intacto, sino mejorado.

Las dos conocerán tiempos turbulentos. En el caso de Ana, como regente, ha de enfrentarse a la Fronda y la astucia conspiradora del cardenal Richelieu. Sofía se curte en el

exilio, más tarde se forma en el exigente colegio de Salem y, sobre todo, en la observación y análisis en los años del franquismo. Tras diversos avatares y continua incertidumbre, que están relacionados con la singular situación de la España de aquel periodo, consigue ver a su marido en el restablecido trono de España, pero ha de enfrentarse al peligroso episodio del 23 de febrero, entre otros sobresaltos, no menos importantes y, familiarmente, más dolorosos.

Siempre ha sabido tener, en el momento oportuno, el acercamiento afectuoso, la sonrisa cariñosa. Y mantener por encima de todo la dignidad de su responsabilidad con la corona. La relación entre dos seres humanos es una realidad tan rica, tan compleja, tan sujeta a actores y circunstancias cambiantes, que solo los testigos constantes de esas vidas podrían, en todo caso, tener una opinión.

Por otra parte, la reciente historia de España nos muestra una Transición ejemplar, conducida con mano maestra por el rey Juan Carlos. Transición que aportó a nuestro país un largo periodo de desarrollo económico, paz y convivencia.

Los episodios fundamentales narrados en esta crónica intentan contar el origen, la estructura familiar y la formación que llevó a doña Sofía a ser como es: la influencia de su padre, el rey Pablo, un hombre inteligente, serio y reflexivo —a quien las personas que le conocieron dicen que se parece tanto doña Sofía—, que dejó la memoria de su hija repleta de buenos ejemplos y de la energía positiva que produce haber vivido inmersa en un profundo amor familiar. Esos recuerdos otorgan una gran fortaleza ante los vaivenes de la vida.

Y completando la otra cara de la moneda de esta sólida unión de la familia, su madre, la reina Federica, apasionada, tenaz en sus objetivos, ajena a su posición de mujer y la estrechez de miras de su época hacia la condición femenina.

Mi madre, Carmen Petit de Ory, mujer discreta y sumamente prudente, estaba por aquellos años en la región a causa de los destinos de mi padre, en la cercana Rumanía y la fascinante Turquía. Ella me enseñó a admirar a la reina Federica por su laboriosidad y su inteligencia al servicio de su país; y siempre comentaba que fue injusta la opinión pública con una reina enamorada de su país de adopción, al que tanto bien hizo. «La admiración es la gratitud de la inteligencia», Carmen Iglesias *dixit*.

La labor social que doña Sofía ha ejercido de manera brillante y generosa, durante ya casi cuarenta años, es parte fundamental de este libro. La madre Teresa de Calcuta, el padre Ángel García, Mohamad Yunus o Somaly Mam conocieron su tesón en llevar la necesaria ayuda a los más necesitados. Espero sirvan así mismo otros capítulos para comprender el papel de consejera discreta y también la serenidad que mostró siempre en público la reina Sofía en los hechos que zarandearon la ansiada convivencia de los españoles.

He tenido la suerte de coincidir con doña Sofía en varias ocasiones. Pero, en la mayoría de ellas, yo era eso que se llama: «Y acompañantes...».

Lo cual me situaba en una magnífica plataforma de observación.

Pude comprobar entonces, como les relataré a lo largo de este libro, la disponibilidad de la reina, su gentileza, su deseo genuino de aprender y conocer, hasta en los más mínimos detalles, su energía incombustible para permanecer en los actos oficiales el mayor tiempo que le concediera el protocolo, y así permitir que la saludaran todos los asistentes. Y escuchar y absorber de ellos la realidad. Algo tan tangible y a la vez tan escurridizo.

Pero no quisiera que este libro fuera una hagiografía de un personaje de la realeza, sino la crónica de un ser humano con responsabilidades reales que ha tenido siempre presente la importancia del cumplimiento del deber, el ser-

vicio a los demás y que ha vivido y sufrido las adversidades de la existencia con entereza y dignidad.

Inicio

«Abrid las puertas a Cristo.
Es más, ¡abridlas de par en par!».

SAN JUAN PABLO II

*Plaza de San Pedro
27 de abril de 2014*

El sol bañaba de oro las viejas piedras de la basílica de San Pedro. La expectación estaba teñida de una alegría contagiosa, que se extendía como una niebla poderosa, a pesar de la posible Babel en la que se podía convertir aquella maraña de nacionalidades, lenguas y culturas. La corriente de amor y admiración que Juan Pablo II había hecho crecer en los corazones de gentes venidas de lugares recónditos o bien cercanos invadía el espectacular Brazo de Carlomagno en la magnífica plaza.

Ese río de afecto rodeaba a aquellos que le conocieron, y también a quienes tan solo —¡como si no fuera lo más importante!— oyeron su palabra y la siguieron.

Polacos enfundados en gruesos terciopelos y botas de cuero, tocados con turbantes carmesí y ondulantes plumas de faisán, inmersos en la exaltación del momento, observando, comentando de continuo lo que estaba por suceder y levantándose mil veces para comprobar su certera intuición; franceses refinados enarbolando contenida emoción; argentinos vestidos con los protocolarios trajes oscuros y que mostraban legítimo orgullo por «su» papa; alemanes discretos venidos también a ver al «suyo»; norteamericanos recogidos en su profunda fe y con una potente luz en sus

pupilas; dulces filipinos que regalaron una multitudinaria recepción al nuevo santo años atrás.

Más allá, italianos y españoles confraternizaban en espontáneo júbilo, con muestras de entendimiento mutuo. Del corazón de África venía una extensa delegación: de Nigeria los valientes cristianos, tan castigados, tan tenaces, y muy visibles con sus suntuosas vestimentas; de Kenia, la de naturaleza poderosa, los habitantes de sus extensas sabanas vestidos con los ropajes de sus míticas tribus: kikuyus, luos, kamba y masái; de Sudáfrica, indios, negros y blancos unidos en la necesaria convivencia y la misma fe; de Benín, de donde surge excelso el arte en terracota y bronce; de Guinea, con su habla de suave cadencia en hermoso español, muchos con trajes tradicionales que llenaban la antigua plaza de color y mostraban la universalidad de la Iglesia católica.

Un misionero que desarrollaba su labor en el Congo, castigado por una vida de penurias y enfermedades endémicas como la malaria, comentaba a su compañero:

—¿Te acuerdas de aquella noche a orillas del río Congo?

—¡Cómo podría olvidarla!

—Juan Pablo II nos regaló con su visita la fuerza que necesitábamos para recomenzar a diario nuestra misión.

¡Cuántas historias de amor y trabajo ocultaban aquellos semblantes tranquilos! Hubiera sido extraordinario poder preguntar a muchos de esos fieles las razones que les habían llevado a estar allí ese día.

Era una ocasión única. Dos papas, uno en activo y otro emérito, estaban a punto de canonizar a dos papas venerados. La bondad de Juan XXIII había cautivado desde el inicio a los romanos; y la fuerza, cercanía y carisma de Juan Pablo, el Atleta de Dios, habían circunnavegado el mundo, llevando la palabra de Jesús a todos los países y en especial, como él repetía a menudo, «a los más pobres».

Otra sentencia sobrevolaba el recuerdo de muchos: «*Non abbiate paura! Aprite, anzi spalancate le porte a Cristo!*» (¡No tengáis miedo! ¡Abrid, es más, abrid a Cristo las puertas de par en par!).

De Juan XXIII recordaban una curiosa anécdota. Siendo Angelo Roncalli visitador apostólico en Bulgaria,¹ la reina Juana de Bulgaria, italiana de nacimiento y perspicaz conocedora de los ambientes vaticanos, que admiraba profundamente al prelado, cuando este acudió a despedirse, pues había sido nombrado en otro lugar, la soberana le anunció clarividente:

—Excelencia, cuando seáis elegido papa, yo deseo estar en la plaza de San Pedro aclamándoos en la ceremonia de entronización.

Tras unas palabras de cortesía, el visitador marchó a su residencia, y esa noche Roncalli escribió en su diario: «Su majestad es una magnífica dama, pero lo que ha dicho hoy es una fantasía».

Años más tarde, cuando el cardenal Roncalli fue designado para la silla de Pedro, la reina Juana era invitada de honor en la entronización del nuevo papa, y se encontraba en el *sacrato*. El buen pontífice en aquella ocasión había sido menos intuitivo que la perspicaz reina.

Ese 27 de abril de 2014 el rey Simeón había acudido al Vaticano para celebrar la santificación del papa Roncalli.

Comenzaron a llegar los invitados ilustres. Muchos reyes y jefes de estado habían querido estar en Roma, en la basílica de San Pedro, para honrar la memoria de los nuevos santos. La atención de las buenas gentes comenzó a dirigirse hacia los personajes notables. Leves murmullos mostraban el interés hacia uno u otro líder mundial.

En ese momento llegaron al *sacrato*, ante la fachada del templo, los reyes de España, acompañados por dos gentilhombres españoles. La reina, por el «privilegio de blanco»² —solo las reinas católicas pueden aparecer vestidas de blanco ante el papa—, iba vestida de largo, de

blanco, con airosa peineta que sujetaba la bella mantilla, sobrio collar de perlas, y esbozaba una franca sonrisa al saludar a la multitud allí congregada.

Los españoles que allí estaban pudieron oír los comentarios de todas esas gentes variopintas:

—*La reine, la reine d'Espagne!* —se oía exclamar a los franceses.

—*The queen!* —decían ingleses y norteamericanos.

—¡Miren, no más, es la reina! —repetían los mexicanos.

—¿Qué reina? —preguntó uno que estaba despistado.

—¡Pues cuál va a ser! ¡La de España! —le contestó su amigo.

—*Ecco la regina!* —comentaban los italianos.

Polacos, indios y gentes de otras lenguas reiteraban lo mismo con sincera admiración y respeto. La mujer vestida de blanco lo había ganado con una conducta discreta y generosa. ¿Recordaría en ese momento el beso paternal con el que se despidió de ella Juan Pablo II, en el que sería su último viaje a España? El que iba a ser proclamado santo ese día, ¿había querido reconocer así su labor como madre, como mujer y como reina? En todo caso, la atención de la plaza se centraba sobre ella. Alta, destacaba entre las otras personalidades, pero tal vez lo que imantaba las miradas era esa sonrisa amplia que mostraba su emoción por estar allí para honrar a ese hombre santo que doña Sofía había tenido el privilegio de conocer de cerca. El pontífice, durante su visita a España, había querido acudir a La Zarzuela a bendecir a la familia real.

Y en ese sentimiento de admiración y gratitud, la reina conectaba con la entera multitud.

Un señor minado por una grave enfermedad acompañaba a los reyes de España. Carlos Abella, embajador de España y gentilhombre de su santidad, realizaba con infinito esfuerzo y coraje el que sería su último servicio a su país y al papa. El ya santo, san Juan Pablo II, le había nombrado gentilhombre unas semanas antes de morir, con exactitud